

Honorio Penadés



# Giovanni Papini, el bibliotecario bárbaro

*Nacido en Florencia, Italia, el 9 de enero de 1881, hijo de un comerciante, Giovanni Papini estudia en la misma ciudad de Florencia de 1887 a 1899, obteniendo el título de maestro en 1899. Cursa estudios universitarios en el Istituto di Studi Superiori – convertido en 1924 en la Università degli studi di Firenze– entre 1900 y 1902, año en que comienza a trabajar simultáneamente como profesor en la Escuela Angloitaliana de Florencia y como bibliotecario en el Museo de Antropología –perteneciente al Istituto di Studi Superiori– de 1902 a 1904. Será a partir de entonces uno de los escritores más prolíficos, y también más polémicos, de todo el siglo XX italiano.*

“Si alguien en este siglo es equivalente al egipcio Proteo, ese alguien es Giovanni Papini, historiador de la literatura y poeta, pragmatista y romántico, ateo y después teólogo”.

Jorge Luis Borges

### El autor de la Historia de Cristo y de la Historia del Diablo

“Yo no he sido nunca un niño. Desde chico me he sentido tremendamente solo y diferente. Yo me veo en el pasado siempre separado, meditabundo. No les gustaba a los demás, y el odio me recluyó en la soledad; me veo siempre selvático y absorto, apartado y silencioso, pálido y atónito, abstraído y sin congeniar con nadie”.

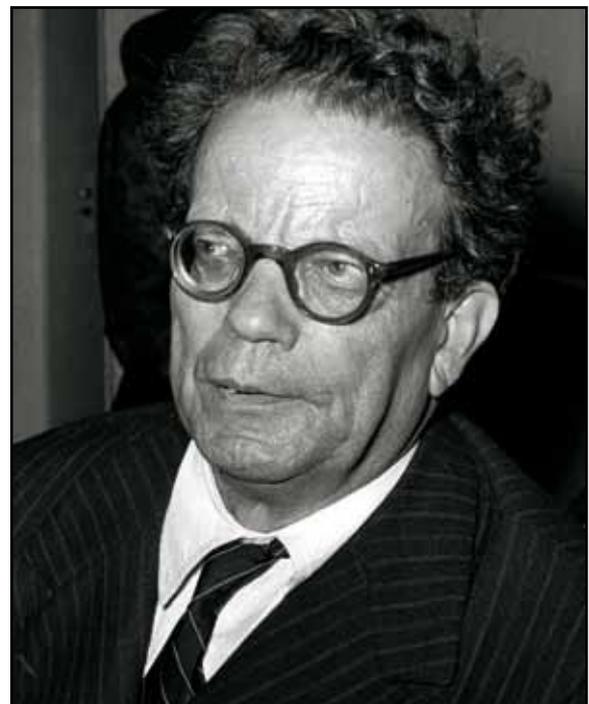
Ya había publicado artículos en periódicos y revistas, algunas de ellas fundadas por él mismo, cuando Giovanni Papini comienza a publicar libros en 1905: el primero es “El crepúsculo de los filósofos”, una crítica de la filosofía de Kant a Nietzsche; en 1907 publica las novelas metafísicas “Lo trágico cotidiano” y “El piloto ciego”; en 1912 publica una obra plena de nihilismo llamada “Memorias de Dios” por la que es llevado a juicio por blasfemia; ese mismo año de 1912 y con 29 años publica su primera obra autobiográfica “Un hombre acabado”, memorias de un hombre nacido “con la enfermedad de la grandeza” que pretende igualarse con Shakespeare y Dante; en 1914, junto con los futuristas, aplaude la llegada de la Primera Guerra Mundial. Trabaja como corresponsal para el periódico *Mercurio de France*, de 1913 a 1916 y como crítico literario en diversos periódicos italianos entre 1910 y 1918. Publica varias obras de poesía y de crítica religiosa desde al ateísmo –destaca “Palabras y sangre” de 1912–, hasta el momento de su conversión al cristianismo en 1919.

Refleja esta conversión la publicación en 1921 de una de sus obras más celebradas en la actualidad, la “Historia de Cristo”, escrita “para los que no soportan las ternezas pietistas de una literatura meliflua sobre Jesús” y donde huye de esas “historias de prosa blanda, deshinchada, toda remiendos y zurcidos de lugares harto comunes en las que hay un humo de cirio apagado, un vaho de incienso enmohecido y de aceite malo que ahoga el aliento”.

En su “Diccionario del hombre salvaje” de 1923 arremete contra los judíos, los protestantes, las mujeres, el laicismo y la democracia y en 1931 publica una de sus obras más radicales, “Gog”, una recopilación de falsos diálogos e ideas bárbaras y disparatadas que contienen una crítica pesimista del mundo. En 1935 se adhiere al fascismo de Mussolini, que le concede la Cátedra de Literatura Italiana en la Universidad de Bolonia, y como catedrático publica en 1937 el primer y único volumen de una Historia de la Literatura Italiana. El régimen fascista le nombra

académico, y en 1942 vicepresidente de la Liga de Escritores Europeos fundada por Goebbels.

En 1943 abandona sus cargos y actividad política e ingresa en la Orden Tercera de San Francisco, aunque no deja de escribir ni polemizar. Apoyado por el catolicismo más tradicional, trabaja para el *Corriere della Sera* y publica dos de sus obras capitales: “El libro negro” en 1951, como continuación de “Gog”, y la “Historia del Diablo” en 1953, libros en los que muestra de nuevo su absoluta libertad de ideas al criticar y poner en entredicho las doctrinas de la Iglesia Católica sobre la salvación de las almas en el segundo de ellos y burlarse de todas las tendencias artísticas, políticas y sociales de la época en el primero.



Gravemente enfermo de una parálisis progresiva y ciego, consigue dictar a su nieta los textos que faltan para completar su obra inacabada “Juicio universal” que será editada póstumamente tras su muerte en Florencia en 1956.

### Autodidacta solitario y desordenado

Su amigo de la infancia y catedrático en la Universidad de Florencia Ettore Allodoli lo califica de “anárquico y revolucionario, despreciador de toda regla y disciplina, catador desaprensivo de toda suerte de drogas intelectuales; judío errante del saber, acuciado desde la más temprana edad por la quimera imposible de escribir una enciclopedia donde se reunieran todas las culturas; espíritu huracanado, enfermo con delirios de grandeza, con un donjuanismo cerebral libidinoso, que no respetaba límites ni fronteras; escéptico descalabrado,

inmerso en sus propias manías ideológicas y en el morboso encanto de sus tragedias anteriores”.

Niño solitario, recuerda en sus memorias como un momento extraordinario el día –posiblemente a los diez años– que alcanzó acceso a la biblioteca de su padre; literalmente lo alcanzó, ya que la “biblioteca de su padre” consistía en una cesta de mimbre arrumbada en un altillo de la casa, “con un centenar más o menos de libros olvidados, desencuadernados, maltrechos, envilecidos por moscas y palomas; todos rotos y sin embargo tan generosos para mí de sorpresas, de maravillas y de promesas”. Los leyó todos, uno por uno, a escondidas y en absoluto desorden, adivinando finales inesperados para los libros a los que faltaban las últimas páginas, mezclando sin consideración alguna hacia los cánones viejos opúsculos irreligiosos y libertinos con libros católicos de rezos, láminas anatómicas de un libro de cirugía con cromos románticos de vistas alpinas, manifiestos políticos con filosofía de primer orden. Uno de ellos lo recuerda como el que dejó más hondo efecto en su mente infantil: Elogio de la locura, de Erasmo de Rotterdam. “Debo tal vez a Erasmo mi pasión por los pensamientos no comunes y el convencimiento profundo de que los hombres son unos canallas, cuando no unos imbéciles”.



### Su entrada en la biblioteca

A los doce años descubre la existencia de la biblioteca pública –la Biblioteca Nacional de Florencia–, pero el acceso está limitado a mayores de dieciséis años. Alto para su edad, hace una prueba: “subí una escalera, espaciosa y solemne, temblando. Tras unos minutos de incertidumbre me acerqué a la mesa del bibliotecario y, con el corazón latiendo con violencia, escribí mal que bien mi papeleta y la presenté con el aire turbado y sospechoso de quien se sabe en falta”. No consigue encubrir su edad y sale de la biblioteca despedido, abatido y lleno de odio infantil con-

tra el hombre que se oponía entre él y un millón de libros. Lo intenta de nuevo al verano siguiente, de nuevo con mala suerte. Al tercer verano, ya con catorce años, consigue su primer libro para leer en la biblioteca pública: “eran tales el desfallecimiento, el placer, el estupor y el sentimiento de haberme hecho de pronto más grande y más hombre que no conseguí, durante una hora, entender nada del libro que tenía delante”. Se trataba probablemente de la obra de Charles Darwin, a la que había tenido pobre acceso entre los libros de su padre, garibaldino, republicano, ateo y anticlerical.

*Tras unos minutos de incertidumbre me acerqué a la mesa del bibliotecario y, con el corazón latiendo con violencia, escribí mal que bien mi papeleta y la presenté con el aire turbado y sospechoso de quien se sabe en falta.*

Se convierte en un adolescente apasionado de la biblioteca, a la que acude cada tarde. “Poco a poco me fui habituando a aquel silencio, a aquella habitación tan alta sobre mi cabeza enmarañada de adolescente descuidado, a aquella riqueza interminable de volúmenes antiguos y nuevos. Me familiaricé con las caras de los bibliotecarios, descubrí los secretos de las signaturas, penetré en los catálogos, conocí los rostros de los fieles y de los apasionados que, al igual que yo, acudían todos los días puntuales e impacientes, como a un lugar de voluptuosidad”.

En 1901 muere el padre de Papini y como primogénito de la familia se encuentra en la obligación de conseguir un empleo fijo, y encuentra dos: profesor en la Escuela Angloitaliana, y bibliotecario en el Museo de Antropología de la Universidad de Florencia, en cada uno de ellos con el sueldo de sesenta liras mensuales.

¿Qué huella externa hay de la biblioteca en la obra de Papini, y qué recuerdo guarda de él la actual Università degli Studi di Firenze? Aparentemente hay poca cosa, además de que en los tres años en que Papini fue bibliotecario publicó en revistas algunos artículos llenos de extrañas ideas encontradas en libros del Museo, dotado de una riquísima colección de obras científicas. Sin embargo, los años que trabajó en la biblioteca son los de su auténtico lanzamiento intelectual, particularmente el año 1903. En ese momento Giovanni Papini se juró a sí mismo convertirse en alguien antes de su muerte, y confiesa a su amigo Ettore Allodoli que le gustaría ser el fundador de una escuela, el creador de una secta o religión.

Tras sus intentos adolescentes de escribir una enciclopedia, una versión crítica de la Biblia o una Historia Universal de la Literatura, en 1903 Papini se dedica a tareas literarias y filosóficas más prácticas: funda la revista “Leonardo”, de la que es director y casi único redactor, y en la que se dedica a la política, literatura, arte, y sobre todo filosofía. “Leonardo” es en realidad el nombre que sustituyó la primera idea de Papini de llamar a su periódico “El Iconoclasta” y de dedicarlo a la crítica de las ideas fósiles. Papini, joven deseoso de polémica y de fama, necesita un medio en el que publicar sus ideas y recibir los laureles que le dedican sus amigos, y “Leonardo” se convierte en ese medio. Vivamente combativa, se convierte en representante notable de la reacción contra el positivismo filosófico y literario y a favor de la divulgación en Italia del pensamiento de Bergson y de William James. Publicará la revista, tendrá críticas y éxitos, y la cerrará en el momento de su matrimonio en 1907. A partir de ese momento su carrera deriva hacia el periodismo, la poesía y el tipo de literatura de creación de que Papini fue capaz, aunque desde luego nunca abandona el estilo polémico, ni tras su conversión al cristianismo en 1919 la intención apologética.

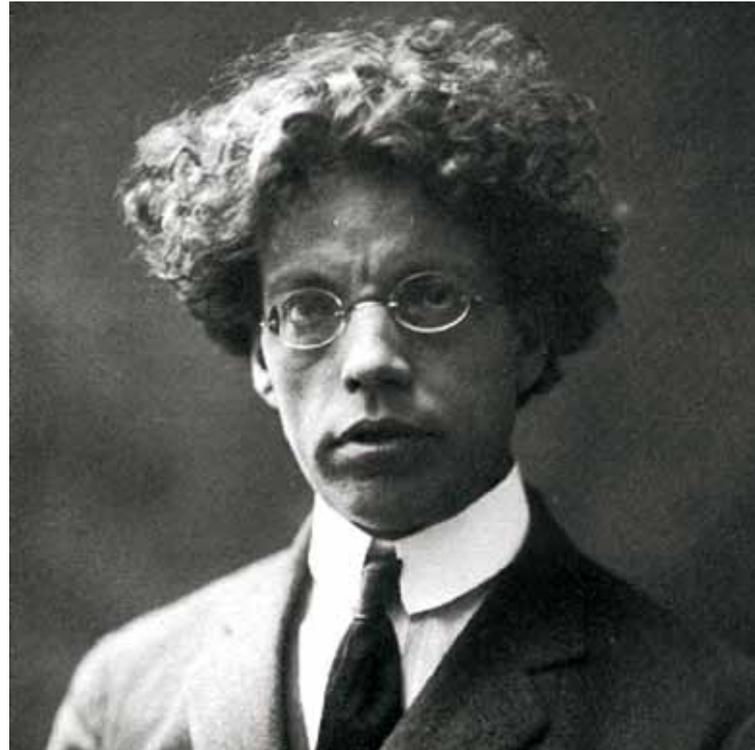
*Espíritu huracanado, enfermo  
con delirios de grandeza, con un  
donjuanismo cerebral libidinoso,  
que no respetaba límites ni  
fronteras.*

En 1912 se adhiere al Futurismo, movimiento vanguardista nacionalista, políticamente agresivo, fundado en 1909 por Filippo Tommaso Marinetti con un manifiesto que reconoce más belleza “en los cilindros como serpientes de aliento explosivo de un automóvil de carreras estruendoso que parece correr con metralla” que en la Victoria de Samotracia. La ruptura radical con las tradiciones del arte occidental seducen a Papini, que funda en 1913 la revista de corte futurista “Lacerba” donde confiesa estar en guerra contra la universidad y el academicismo. “Queremos destruir los museos, las bibliotecas, las academias variadas y combatir el moralismo, el feminismo y todas las demás cobardías oportunistas y utilitarias” se lee en el Manifiesto Futurista de 1909: el hecho de que Papini, amante de la biblioteca y del museo, abrazara el Futurismo se explica por el ansia de encontrar una vía de escape para sus opiniones bárbaras, como haría durante toda su vida.

#### Papini, el furioso demiurgo

Puede que se ganara la vida como bibliotecario solo durante dos o tres años, pero podemos encontrar en su vida y en su obra una constante actitud de

búsqueda, recopilación y sistematización de saberes y conocimientos, que muchas veces se convierte además en un ánimo de juzgar, de separar lo valioso de lo inútil, de distinguir en definitiva el bien del mal. Desde su primer libro “El crepúsculo de los filósofos” (1905) hasta su obra póstuma significativamente titulada “Juicio Universal”, pasando por sus best sellers “Gog” y “El libro negro” hay en su obra un hilo conductor de enciclopedista altamente subjetivo, si no inquisitorial.



A los quince años comienza a escribir una enciclopedia “que no solo contuviera la materia de todas las enciclopedias de todos los países y de todas las lenguas, sino que las superase; que no fuera simple refundición sino un trabajo nuevo, hecho sobre diccionarios, manuales y libros recientes y especializados, de todas cuantas ciencias, historias y literaturas existían”. De ahí pasa a indagar Historia y Mitología, Astronomía y Antropología: buscando el origen del mundo comienza a escribir una cronología del Antiguo Egipto, pero se interesa a continuación por la historia de la formación de la Tierra, los mitos cosmogónicos y la Historia de las Religiones. Ante lo inabarcable del proceso de comprensión conjunta de todos los mitos, creencias y saberes científicos sobre el origen del mundo, decide comenzar por uno de los libros que lo cuenta, el Génesis, sobre el que comienza a escribir un comentario racionalista. Se interesa por la historia de los judíos, trata de aprender gramática hebrea y se inicia en la crítica bíblica. Convencido entonces de que la Biblia marca el origen de la literatura occidental más que el origen del

mundo, comienza a interesarse por recopilar una Historia Universal de la Literatura, aunque posteriormente reduce su área de interés a las literaturas romances, y de éstas a la literatura española medieval. En sus palabras, después de haber intentado abarcar el todo se veía trabajando un pequeño campo, dentro del campo un huerto, dentro del huerto un surco. “Un sucederse de ambiciones sin límites y de renunciaciones precipitadas” que podría recordarnos a la genial historia de Bouvard y Pécuchet, personajes de la novela de Flaubert que pretenden guiar su vida según lo aprendido en los libros pero que, en lugar de los libros de caballerías como hizo Don Quijote, siguen al dedillo todos los libros científicos y técnicos que caen en sus manos, iniciándose y fracasando en prácticamente todas las disciplinas del saber humano, convirtiendo también sus vidas en un “suceserse de ambiciones y renunciaciones”.

*A los doce años descubre la existencia de la biblioteca pública. Se convierte en un adolescente apasionado de la biblioteca, a la que acude cada tarde como a un lugar de voluptuosidad.*

En 1931, contando cincuenta años, publica su obra “Gog”, que sigue reflejando este espíritu enciclopédico, totalizador, juzgador, que podríamos llamar de bibliotecario censor. Bajo la máscara –recurso tradicional en la literatura– del manuscrito ajeno encontrado o recibido, Papini nos cuenta por boca de Gog, el bárbaro, sus impresiones y juicios sobre el mundo de su tiempo, en forma de diálogos con hombres célebres y de ideas, propuestas y reflexiones del propio Gog, un gigante norteamericano multimillonario y megalómano: las opiniones salvajes que Papini no pudo poner en su boca se las adjudica a su creación, el bárbaro Gog. Un ejemplo: “Tengo miedo de haberme equivocado de planeta. Aquí estamos demasiado estrechos. No hay bastante sitio para mí. O tal vez me he equivocado de siglo. Mis verdaderos contemporáneos vivieron hace miles de años o tienen todavía que nacer. El hecho es que me siento extranjero en todas partes y mortificado”. Ya nos avisa Borges de que los héroes de Papini son, bajo múltiples nombres, proyecciones de su yo.

El afán totalizador, acaparador de todos los conocimientos humanos, sistematizados, analizados, muchas veces satirizados y siempre juzgados en su particular juicio universal por parte de Papini, se re-

fleja en las imposibles iniciativas de Gog, como “La Biblioteca de Acero” o “Las obras maestras de la literatura”. En esta última Gog, que podría haberse entrevistado en Bruselas con Otlet y Lafontaine a propósito de su Instituto Internacional de Bibliografía, nos cuenta cómo encargó a un “laureado bibliotecario” que le preparara una lista con una selección de las obras imprescindibles de la literatura en sus mejores ediciones; Gog, el *self-made man* y nuevo rico, no pretende con ello ingresar en la alta sociedad cultural, sino conocer aquello que ignora y que la gente admira. Lee en orden las obras que le propone el bibliotecario y nos ofrece el relato de su rechazo de todas y cada una de ellas: “Aquello que no comprendía me parecía inútil; lo que comprendía no me gustaba o me ofendía. Género absurdo, aburrido, tal vez insignificante o nauseabundo. Relatos que si eran verdaderos me parecían inverosímiles, y si inventados, insulsos”.

En 1951, contando setenta años, publica “El libro negro” como una continuación de “Gog” donde se acentúa la crítica despiadada del arte y la sociedad del siglo XX. Uno de sus capítulos, llamado “La Biblioteca de Acero”, plantea la posibilidad, el diseño y hasta el catálogo de obras que debería albergar una biblioteca para superar una apocalíptica tercera guerra mundial: “Ninguna ciudad, pequeña o grande, podrá salvarse de la destrucción. Las bibliotecas privadas y públicas, receptáculos de material valioso e inflamable, desaparecerán una después de otra, y si la guerra se prolonga largamente se verán convertidas en nubes de polvillo negro los testimonios de tres milenios de civilización, de pensamiento y de poesía”. Su diseño salvador de bibliotecas consiste en varias cuevas subterráneas construidas en alguna región desértica del planeta, con cámaras acorazadas fabricadas en acero inoxidable e indestructible, que alberguen “las obras esenciales de la Humanidad” grabadas en planchas de acero. Papini-Gog reduce su canon a unas pocas docenas de libros y, de nuevo ejerciendo de juez en un supremo juicio universal, divide lo que se salvará y lo que perecerá. Desde el Antiguo Testamento hasta Einstein, ofrece su particular selección donde vemos reflejos de su querencia por la Historia de las Religiones (salva toda la Biblia más antologías de Confucio, el Avesta y el Corán) y por la cultura clásica (mucho griega, todo Homero y algo de Esquilo, Sófocles, Platón, Aristóteles, Heráclito y Epicuro, mientras que de los romanos “basta con la Eneida”), pone a su querido Erasmo a la altura de San Agustín o Santo Tomás, coloca en las columnas centrales a Dante, Shakespeare, Milton y Cervantes (como años más tarde hace Harold Bloom), no esconde su pasado anticlerical al salvar a Galileo, Voltaire, Nietzsche y Darwin, y recoge como autores literarios modernos a Goethe, Dostoiévski y Tolstói.

Tras su muerte en 1956 se publicó la obra en la que había trabajado de modo intermitente desde 1904 y que recoge de forma mucho más explícita este afán totalizador, seleccionador y juzgador que nos

lleva a calificar a Papini de bibliotecario demiurgo, aquél que mantiene el orden en el universo de la sociedad, la política, la filosofía y la literatura y descarta aquello que se sale de su orden. Se trata de “Juicio Universal” (1957), una especie de enciclopedia de los pecados, representados por personajes históricos e imaginarios a los que Papini resucita y va llamando a juicio. Se trata en esta ocasión de una Divina Comedia dantesca donde lo que interesa a Papini es el sistema de clasificación de los pecados. Los personajes históricos como Darwin, Mahoma, Felipe II o Nietzsche desfilan para representar algunas de las culpas de la humanidad, rodeados por ateos, políticos, dictadores, brujos, filósofos, asesinos, ladrones, comediantes, sensuales, desgraciados, lujuriosos, egoístas o poetas, por citar algunas de las subcategorías de pecadores de este peculiar sistema de clasificación.

*Podemos encontrar en su vida y en su obra una constante actitud de búsqueda, recopilación y sistematización de saberes y conocimientos.*

En algunos de sus libros (los mencionados “Gog”, “El libro negro” y “Juicio universal”) Papini pone en boca de otros las opiniones más extremas, atrevidas, muchas veces salvajes, mientras que en otras de sus obras de carácter supuestamente intimista (como “Un hombre acabado” de 1912 o “Segundo nacimiento” de 1923) nos cuenta sus dudas en lugar de sus certezas, generalmente en un tono lírico, sentimental, frecuentemente contradictorio y sin ocultar sus cambios de opinión, libros donde pretende plasmar un itinerario espiritual.

Pues bien, han sobrevivido mejor sus opiniones bárbaras y disparatadas. Estudioso de la filosofía y de las religiones, crítico, periodista, poeta y polemista, las constantes de su personalidad por las



que puede ser valorado hoy día son el activismo y el voluntarismo, además de ese ir saltando de una filosofía a otra, siempre insatisfecho, siempre buscando el secreto para distinguir el bien del mal. ▴

**AUTOR:** Honorio Penadés.

**FOTOGRAFÍAS:** [www.ciudadseva.com](http://www.ciudadseva.com) y [www.commonswikimedia.org](http://www.commonswikimedia.org).

**TÍTULO:** Giovanni Papini, el bibliotecario bárbaro.

**RESUMEN:** Se nos muestra aquí la vida y la obra de Giovanni Papini, uno de los escritores más prolíficos del siglo XX. Se describen aspectos de su carácter y forma de vida así como su pasión por las bibliotecas desde que era un adolescente. Su trabajo como bibliotecario, aunque no muy extenso, le proporcionará conocimientos y un bagaje que se refleja en sus obras y en su vida en general.

**MATERIAS:** Papini, Giovanni / Autores Literarios / Bibliotecarios.